ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

SALVADORA Y... SALVADORA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA y FERNANDO PIÑANA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

14

SALVADORA Y... SALVADORA

SALVADORA Y... SALVADORA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA y FERNANDO PIÑANA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 19 de Enero de 1899



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SALVADORA	D.ª	Josefina Alvarez.
CLARA		Concepción Suárez.
BIENVENIDO	D.	Ricardo Manso.
CARDOSO		Adrián Martí.
JAIME		Guillermo Arcila.
UN CRIADO (que no habla)		N. N.

La acción en Madrid y en nuestros días

Derecha é izquierda las del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete despacho amueblado con elegancia. Puerta al foro, dos á la izquierda. A la derecha, en primer término, una puerta, en segundo, una ventana, que se supone da á un jardín. Una mesa escritorio de las llamadas de ministro, un sillón, dos mueblec.tos, y sobre ellos jarrones, bibelots, etc., sillas volantes, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

JAIME sentado á la mesa con un libro delante y escribiendo, como si tradujera

«Las ya olvidadas sectas de Saint-Simon, Fourier y Owe». «La nueva»... ¡Etistung! ¡Etistung! No recuerdo... Á ver! (Hojea un diccionario.) «Institución». ¡Qué estúpido soy! Mil veces la he traducido, y... ¡Pero si mi imaginación se pasea por otro mundo! ¡Reniego de la hora en que se me ocurrió aprender alemán! Tres años descrismándome, para que don Miguel se dé tono á mi costa... ¡Qué suerte tiene! Es un alcornoque y pasa por sabio. Es feo, y tiene una mujer... demasiado mujer para él solo. Por aquí le va á quebrar el juego, porque la verdad es que este billetito algo vale. (Saca ura carta del bolsillo y hace como si la leyera.) ¡Uf, don Miguel! (Oculta la carta.)

ESCENA II

JAIME y CARDOSO

CARD. ¿Terminó usted ya?

JAIME. No, señor; todavía falta bastante.

CARD. Pues es preciso que hoy mismo quede terminado.

JAIME Haré lo posible.

CARD. El lunes he de hablar en el Congreso, y necesito esos datos para trazar las líneas generales de mi discurso, y...

JAIME (Engalanarte con plumas ajenas.)

CARD. El ministro espera con ansia el resultado de esta discusión, que tal vez ocasione la caída del Gobierno.

JAIME Es casi seguro.

CARD. Hace falta un hombre de extraordinarias condiciones.

JAIME Usted es el único.

CARD. Así lo cree el Presidente del Consejo, y varias veces me ha ofrecido la cartera de Hacienda; mas para que yo vaya al Ministerio, es necesario que se me otorguen facultades amplísimas.

JAIME Se le otorgarán á usted.

CARD. Porque es lo que yo decía en una de las últimas sesiones: (Con gran entonación.) Pues qué, ¿pensais, señores diputados, que España puede competir con Inglaterra? ¡Ah, señores! Es precisa, necesaria, indispensable la defensa de la producción nacional. El tratado con Alemania es altamente perjudicial. Y no me digais que piden su aprobación ciertas regiones. ¿Se ha de sacrificar todo á la industria corchera? ¿Qué es el corcho? La... la...

JAIME La corteza exterior del alcornoque.

CARD. ¿Y hemos de proteger á los alcornoques?

JAIME No, y mil veces no.

CARD. Perfectamente. Veo con gusto que se apren-

de usted mis discursos. Siga usted por ese camino y le auguro un porvenir.

JAIME — Muchas gracias. Yo sólo aspiro á complacerle. Si está usted contento...

CARD. — De todo hay. Acabo de recibir una carta de su señor padre, en la que me dice que le reprenda. Ha llegado á su noticia que ha tenido usted cierta aventura con una señora.

JAIME — ¡Yo!...

CARD. — No se disculpe usted. Sé lo que es eso, y no insisto; sólo debo decirle que su padre me ruega que, si eso es cierto, pida para usted un destino y le envíe á Canarias. Yo no creo que hay motivo para tanto. Por ahora basta con esta amonestación. Ya no es usted ningún niño. Debería usted pensar en casarse.

JAIME — Algunas veces lo pienso, pero al momento hago la señal de la cruz sobre mi frente, para que me libre Dios de los malos pensamientos.

ESCENA III

DICHOS y CLARA

CLARA — (Saliendo primera puerta izquierda.) Miguel: no olvides mi encargo. Dí que lo manden en seguida. Hola, Jaime, buenos días.

JAIME — (Saludándola.) Señora...

CARD. — ¿Has dicho que es el treinta y siete de la calle Mayor?

CLARA — No, hombre, calle del Arenal.

CARD. — ¡Ah! sí, es verdad. A la vuelta del ministerio lo haré.

CLARA — ¿Te vas ya?

CARD. — Sí, pero en seguida vuelvo. Adiós. (Medio mutis.) ¡Ah! termine usted eso cuanto antes: quiero pulverizar al ministro. (Vase.)

ESCENA IV

CLARA y JAIME. Larga pausa. Clara se acerca á la mesa y hojea algunos papeles

JAIME — ¿No cumple usted el encargo que ayer le hizo su marido?

CLARA — ¿Qué encargo?

JAIME — El de convencerme de que me case é indicarme alguna amiga que á usted se parezca.

CLARA — No es fácil la cosa.

JAIME — ¡Imposible! Y aun cuando lo fuese tampoco me dejaría convencer.

CLARA — ¿Por qué? ¿Tan mala soy?

JAIME — No: es que yo no me conformaría con el parecido por grande que fuese. Un retrato es un retrato y lo que se ama es el original.

CLARA — Bueno, pues buscaré el original de quien yo soy el retrato.

JAIME — No se canse usted. Se fatigaría en vano; no se hizo para mí la dicha.

CLARA — (Riendo.) ¿Ahora le da á usted por la melancolía? ¿Quiere usted parecer un romántico melenudo y desesperado?

JAIME — Lo estoy, y tengo motivos.

CLARA — Pues no son esas las noticias que yo tengo. Se asegura que es usted afortunado en amores.

JAIME — ¿Y usted se atreve á decirlo?

CLARA — ¿Y por qué no, si las gentes llaman á usted Jaime el Conquistador?

JAIME — Y sin embargo, usted sabe...

CLARA — De cierto, nada.

JAIME — Si el temor y el respeto no sellaran mis labios referiría á usted una historia.

CLARA — ¿Es divertida? Cuéntela usted. Me gustan mucho los cuentos.

JAIME — ¡Qué cruel es usted, se burla de mí, no contenta con haber escrito esta!...

CLARA — Le ruego que nunca recuerde...

ESCENA V

DICHOS y SALVADORA. Un criado levanta el portier de la puerta del foro

SALV. ¿Me convidas á almorzar, Clarita?

CLARA ¡Salvadora, con mucho gusto!

SALV. (Quitándose el sombrero, dejándole sobre un mueble y sentándose junto á Clara.) Mi marido me ha dejado sola y me he dicho: Clara no me negará un pusto en su mesa. (Viendo á Jaime.) Hola, señor Ortizaga, ¿cómo va desde ayer?

JAIME Muy bien, señora, aunque no tanto como á usted.

SALV. Mucho decir es eso. Usted confiesa que le va bien: yo nada he dicho.

CLARA Ni es preciso. Tu cara refleja salud y tu conversación alegría.

SALV. Y la de Jaime, ¿qué refleja?

JAIME Eso usted lo dirá.

SALV. Si me autoriza usted lo diré; refleja cierta satisfacción mal disimulada y algo así como un remordimiento poco sentido.

JAIME Si eso es cierto, con pena he de confesar que es mi cara muy embustera.

SALV. Quien á los suyos se parece...

JAIME Señora, por Dios...

CLARA Creo que le han llamado á usted embustero.

JAIME ¿Y opina usted que con justicia?

CLARA ¿Yo?...

SALV. (A Jaime.) Usted protesta, ¿verdad?

JAIME Naturalmente.

SALV. Si se incomoda usted me callo.

CLARA No; continúa.

JAIME No me incomodo, pero .. (Levantándose.)

SALV. ¿Quiere usted escaparse?

JAIME Querer, no; pero debo hacerlo.

CLARA ¡Oh! eso es declararse vencido.

JAIME No, señora; pero don Miguel me ha ordenado que termine un trabajo hoy mismo, y con el permiso de ustedes me retiro. Estoy á los pies de ustedes. (Aparte.) ¡Qué mujer tan impertinente! (Vase.)

ESCENA VI

SALVADORA y CLARA

SALV. ¡Ja, ja! Aunque otra cosa aparente se va echando chispas.

CLARA ¿Por qué?

SALV. Porque he descubierto el juego á tu adorador.

CLARA ¿Mi adorador?

SALV. Sí, hija, hay que dar á las cosas su verdadero nombre. ¿Te figuras acaso que soy tonta? Yo he visto lo que ve todo el mundo menos tu marido.

CLARA (Riendo.) ¡Qué exagerada eres!

SALV. Sí: ándate con bromitas y coqueteos.

CLARA ¿Yo? ¡qué disparate!

SALV. Mira, Clarita, sé franca conmigo: sabes que te quiero...

CLARA Pero, mujer, si digo la verdad. Tú das una importancia á las cosas... ¿Puedo impedir las tonterías de Jaime?

SALV. En absoluto, no; pero puedes no dar alas al que pretende volar.

CLARA Pues eso ya está hecho, señora predicadora.

SALV. Si mis sermones te enfadan...

CLARA Nada de eso No niego que Jaime extrema sus atenciones y si quieres confieso hasta que me hace la corte; pero yo no le he animado á ello y, para que veas que pienso como tú, te diré que le he escrito una carta.

SALV. ¿Que le has escrito?

CLARA Sí; rogándole que cese en sus pretensiones.

SALV. Pero, desdichada, ¿sabes lo que has hecho?

CLARA Escribir una carta

SALV. ¡Ay, ay, ay! La situación es más grave de lo que yo imaginé. Esa carta te compromete y es preciso que la recojas. Debes pedírsela; no; tú no; yo se la pediré.

CLARA Si no estuviera segura de lo que he escrito me asustarías.

SALV. Eres una inocente y una tonta. ¡Si tu marido supiera!... Ahora mismo ha de venir á mi poder esa carta y he de decir cuatro verdades á ese caballerito. Déjame sola, hay que aprovechar esta oportunidad.

CLARA Pero qué genio tienes tan raro; con tres granos de arena haces una montaña.

SALV. Aun contra tí misma he de salvarte. Obedéceme, anda.

CLARA Lo que quieras, pero lo juzgo una tontería. (Vase primera izquierda.)

ESCENA VII

SALVADORA, JAIME y un criado

SALV. (Toca un timbre y aparece un criado.) Diga usted al señorito Jaime que la señora le ruega que pase á esta habitación. (El criado saluda y vase.) ¡Cuán cierto es que muchas mujeres se pierden, más por tontería que por maldad!

JAIME ¡Ah! ¿Es usted? Me habían dicho...

SALV. ¿Creyó usted que le llamaba Clara y le duele á usted el cambio?

JAIME No sé por qué puede usted suponerlo.

SALV. Señor de Ortizaga: tengo que hablarle con formalidad y apelar á sus sentimientos de caballero.

JAIME No adivino donde va usted á parar con ese preámbulo tan...

SALV. Se lo diré con franqueza. Yo quiero á Clara como á una hermana, más aún, como á una hija; y como la quiero y sé que es una inocentona, y más inocentón aun su marido, y como también sé que usted no se parece á ellos, no quiero que abuse de esas dos inocencias. ¿Me ha entendido usted?

JAIME Confieso mi torpeza; no, señora.

SALV. ¿Se hace usted el sueco? Pues le advierto que soy capaz de decírselo todo á Miguel.

JAIME Tengo que contestar á usted con la frase del sainete: «no salgo de mi apoteosis». ¿Qué va usted á decir?

SALV. Que hace usted la corte á Clara, que Clara ha cometido la tontería de escribir á usted una carta.

JAIME Eso no es cierto; eso usted lo ha supuesto y pretende...

SALV. Clara acaba de confesármelo y me ha encargado que recoja de usted esa carta. Como caballero no puede usted desatender su ruego.

ESCENA VIII

SALVADORA, JAIME y BIENVENIDO

BIEN. (Desde el foro.) Hola, ya está aquí mi mujer.

SALV. (A Jaime.) Quedamos en que me la entregará usted.

JAIME Se la devolveré á Clara.

SALV. No, á mí; vaya usted á buscarla en seguida.

BIEN. (¿Qué querrá que busque?)

SALV. ¿La espero?

JAIME Señora, no creo...

SALV. Obedezca usted ó lo digo todo.

BIEN. (Adelantándose.) ¿No soy indiscreto interrumpiendo la conversación?

JAIME No lo es usted nunca.

SALV. Hola, Bienvenido, no te esperaba tan pronto.

BIEN. Buenas tardes, Jaime. ¡Qué caro se vende usted!

JAIME Estoy siempre tan ocupado...

SALV. Este tuno aprovecha la venida de mi marido para escurrir el bulto.

JAIME Con el permiso de ustedes voy á retirarme; tengo que terminar un trabajillo... Señora. (Saludando.)

SALV. (A Jaime.) Quedamos en que me devolverá usted la carta.

JAIME Complaceré á usted. Hasta luego, don Bienvenido.

BIEN. Vaya usted con Dios, pollo.

JAIME (Cualquier día doy yo la cartita á esta entrometida.)

ESCENA IX

SALVADORA y BIENVENIDO

BIEN. ¿Conque no me esperabas tan pronto? Yo tampoco me esperaba, es decir, no creí que...

SALV. Clara obró con ligereza, y como él es un tuno redomado...

BIEN. ¿Pero qué te pasa, estás distraída.?

SALV. Mi intervención es necesaria...

BIEN. ¿Quieres hacerme el favor de escucharme?

SALV. Oye, se me ocurre una idea. (No, la verdad no debo decirla ni aun á mi marido; quizá pensara mal de Clara. Los hombres son tan...) Escucha...

BIEN. Hace un rato que soy todo oídos, y no acabas de romper.

SALV. ¿Quieres mucho á Miguel?

BIEN. ¿A qué viene eso? Ya lo sabes, como á un hermano.

SALV. ¿Harías por él lo que yo te dijera?

BIEN. ¿Pero qué le pasa? Se halla en un apuro... necesita...

SALV. Casi nada; que me ayudes á representar una comedia. ¿No dicen que el teatro es la escuela de las buenas costumbres? Pues yo quiero hacer en la vida real una comedia para corregir por medio del ejemplo. Necesito que te muestres celoso.

BIEN. Explica tu pensamiento con claridad, porque hasta ahora no te entiendo.

SALV. Clara, que sabes que me considera como á su hermana mayor, me ha dicho que es muy desgraciada, y... ¿á que no sabes por qué se considera desgraciada?

BIEN. Vaya usted á saber.

SALV. Pues por una niñería; dice que su marido no la quiere porque no tiene celos. «Quien bien ama celos tiene,» dice; el no tiene celos, luego no me ama.

BIEN. ¡Qué barbaridad!

SALV Eso la he dicho yo; pero no hay quien la

convenza. Hace ya muchos días que sostenemos la misma discusión, y ayer, tratando de dar más fuerza á mis argumentos, la dije que también yo era muy desgraciada, pero por la razón contraria; porque tú eras muy celoso, y en este momento se me ha ocurrido que delante de ella representemos una escena en la que tú desempeñes el papel de un Otelo furioso y yo el de una Desdémona desdichadísima, y así, poniéndola delante el espejo de la realidad, corregirla.

BIEN. Perfectamente; algo ridícula me parece la cosa; pero, en fin, la haré por tí, por Miguel y por ella.

SALV. Gracias, Bienvenido; vas á hacer una buena obra; ahora vete y vuelve á entrar cuando me oigas decir: ¡Dios mío, él es!

BIEN. Bueno, pero ¿qué he de decir? ¿De quién voy á tener celos?

SALV. De cualquiera, de todo el mundo.

BIEN. Eso es demasiado.

SALV. Bien: pues de Pérez, de López, de Fernández.

BIEN. No me parece mal, esos nombres no comprometen.

SALV. Conque, anda, vé y ya sabes, entra cuando me oigas decir: «Dios mío, el és!»

BIEN. Allá voy, pero, la verdad, no sé cómo representar el papel; me parece que no tengo condiciones de actor. (Vase.)

ESCENA X

SALVADORA y CLARA

SALV. Creo haber tenido una idea feliz. ¡Clara! ¡Clara!

CLARA (Entrando primera izquierda.) ¿Qué ocurre?

SALV. ¡Una gran desgracia! Jaime se empeña en conservar tu carta.

CLARA Pues que le haga buen provecho. ¿A eso llamas gran desgracia?

SALV. Eres una chicuela sin juicio. No sabes ni lo que dices.

CLARA ¡Qué importancia das á las cosas! Supongamos que mi marido leyera esa carta: ¿qué pasaría? Nada.

SALV. ¡Cuán poco conoces el mundo! Las mujeres tenemos mil medios para hacer entender á los hombres que sus galanterías no son de nuestro agrado. Lo decimos con el ademán, y, sobre todo, con los ojos; así que no necesitamos abrir la boca, ni mucho menos hacer hablar á la pluma. Y como los hombres lo saben, toman una negativa, dada por escrito, por una halagadora esperanza. ¿Comprendes ahora el valor de tu carta?

CLARA No lo comprendo. Yo no he dado motivo alguno para que se me enamore; y como desconozco el lenguaje de los ojos, no hallé más medio que el empleado.

SALV. Creí que serías más franca conmigo, y me he equivocado. Primeramente te acuso de un pecado hijo de la vanidad. ¡Nos complace tanto ser adoradas! Y ahora va la mayor prueba. Yo también dí un mordisquito en la tentadora manzana y perdí el Paraíso.

CLARA No te entiendo.

SALV. Como tú, tuve la debilidad de coquetear con un hombre hace ya tiempo, y cometí la torpeza de escribirle.

CLARA Si al hacerlo empleaste los términos que yo...

SALV. Eso me dije para mi disculpa; pero mi marido no pensó de la misma manera.

CLARA ¿Tu marido?

SALV. Sí; llegó á saberlo y desde entonces mi casa es un infierno y mi marido un Otelo.

CLARA ¿De veras?

SALV. Para mí ya no hay felicidad ni calma...

CLARA ¿Pero es eso cierto?

SALV. ¡Ojalá no lo fuera! Antes era confiado y amable, hoy desconfiado y cruel. ¡Si supieses el disgusto que tuvimos anoche! Desde que perdió la confianza en mí, inventa mil ardides para ver si descubre alguna falsía. Esta mañana me dijo que se iba á Pozuelo;

pues probablemente se habrá quedado en Madrid para... ¡Eh! ¿qué es eso?

CLARA ¿Qué te pasa?

SALV. ¡Dios mío, él es!

CLARA ¿Pero qué dices; dónde está?

SALV. (En voz muy alta.) ¡Dios mío, él es!

ESCENA XI

DICHOS y BIENVENIDO

BIEN. (Dentro.) ¡Aquí está!

CLARA ¡Tu marido!

SALV. Por favor, ampárame.

BIEN. (Entrando.) ¡Caramba! ¡Caracoles! ¡Cuando yo digo! Señora: ¿cómo no está usted en casa; por qué ha salido usted; quién le ha dado permiso?

SALV. Bienvenido, por Dios, modérate. Considera que delante de Clara no es prudente...

CLARA ¡Por Dios, señor de González!...

BIEN. (Con naturalidad y saludando a Clara.) ¡Ah, perdóneme usted! ¿Cómo va, amiga Clarita?

SALV. (A Bienvenido.) Pero, Bienvenido, que olvidas...

BIEN. (Fingiendo cólera.) ¿Cómo va, amiga Clara? Mal, ¿eh?... ¡Yo también estoy desesperado y furioso!

SALV. (A Bienvenido.) Muy bien, muy bien.

BIEN ¡Pero de lo más furioso! porque...

CLARA Pues no tiene usted motivo.

BIEN. ¡Que no tengo motivos! Sí, señora; estoy celoso; tengo celos muy fundados de Pérez, de López, de Fernández...

SALV. (A Bienvenido.) ¡Bienvenido!

BIEN. ¿Le parece á usted que no son estos motivos graves?

CLARA Salvadora no se ha separado de mí.

SALV. No te esfuerces en convencerle, porque no te creerá. (A Bienvenido.) Dí que no.

BIEN. (Gritando.) ¡No, y cien veces no!

SALV. ¡Ah, qué desgraciada soy! ¡Injuriarme de-

lante de gente! ¡Yo me siento mala!... ¡Me matarás, sí, me matarás!

BIEN. ¡Sí, señora; muérase usted, me es igual! (Aparte.) ¡Jesús, qué barbaridad!

CLARA ¿Qué dice usted? Yo que le tenía por una persona tan bondadosa...

BIEN. ¿Bondadoso? ¿Bondadoso yo? Me hace usted reir. Soy capaz de comerme diez hombres crudos. ¡Bonito soy yo! Porque, en fin, cuando hay circunstancias... y... después... (Aparte.) No sé qué decir; me parece que diez hombres son muchos.

SALV. (A Bienvenido.) Perfectamente. Continúa. Tírate de los pelos.

BIEN. (A Salvadora.) Mujer, que me voy á hacer daño.

SALV. (A Bienvenido.) No importa.

BIEN. (Aparte.) Bueno, me tiraré con suavidad. Hay para tirarse de los pelos. ¡Así, así! (Cogiéndose con gran cuidado de la punta de los pelos.)

CLARA ¡Gonzalez, por la Virgen Santísima!

SALV. (A Bienvenido.) Rompe ahora cualquier cosa y vete.

BIEN. No sé lo que hago. ¿Ve usted? Cojo este jarron, lo rompo y me voy, porque no sé lo que hago. (Coge un jarrón y lo rompe.)

CARD. (Entrando.) ¡Ay! Por poco me rompes...

SALV. ¡No puedo más! ¡Qué desgraciada soy! (Vase primera puerta izquierda.)

CARD. Pero, Bienvenido, ¿qué te pasa?

BIEN. ¡Déjame! Es preciso que me vaya. ¿Si creerás tú que sé yo lo que me pasa? (Vase foro.)

ESCENA XII

CARDOSO y CLARA

CARD. (A Bienvenido.) Pero, oye, escucha... ¿Se va?... (A Clara.) ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

CLARA ¡Ay, Miguel, qué rato tan malísimo! ¡Aún estoy temblando!

CARD. Pero, ¿qué tiene Bienvenido?

CLARA ¡Quién lo creyera! Tan pacífico como parecía...

CARD. ¿Quieres decir de una vez?...

CLARA Sí, hombre, sí. Bienvenido está celoso.

CARD. ¿Celoso?... ¡Malo! No será sin motivo. Algo habrá hecho ella.

CLARA ¡Miguel!...

CARD. Lo repito: el marido que por su mujer se ve amado, ni tiene ni puede tener celos.

CLARA Pues yo juro que Salvadora es inocente.

CARD. Quiero creerlo, pero...

CLARA La culpa la tuvo un caballerete, que la persiguió con tal insistencia que ella se vió obligada á escribirle.

CARD. ¿Escribirle? ¡Y aún la disculpas! Eso es muy grave. Una mujer casada que...

CLARA Escribió algunas frases sin importancia, rogándole...

CARD. No te empeñes en atenuar su falta. Vamos á ver. ¿Te hubieras tú atrevido á hacerlo?

CLARA ¿Yo?...

CARD. ¿Lo ves? Has dicho ese yo con indignación. Por eso no me muestro celoso, porque sé que mi mujercita es incapaz... Pero, en fin, comprendo y admiro lo que haces. Profesas á Salvadora gran cariño, la compadeces y quieres salvarla. Te ayudaré en esa tarea meritoria. Haré lo posible por tranquilizar á Bienvenido.

CLARA Sí, hazle ver que...

CARD. Sé lo que debo decirle. (Asomándose a la ventana.) Allí está, paseándose por el jardín. (Llamando.) ¡Bienvenido, sube! ¡Pobre amigo mío!

CLARA ¿Sigue tan enfurecido?

CARD. No, parece que se ha tranquilizado. Déjanos solos. Vé á hacer compañía á Salvadora y dile que me encargo de arreglarlo todo.

CLARA ¡Qué bueno eres, Miguel! (Vase.)

ESCENA XIII

CARDOSO y BIENVENIDO

CARD. Hay hombres á quienes les están bien empleadas ciertas cosas.

BIEN. (Desde el foro.) ¿Qué me querrá? El favor ya debe estar hecho.

CARD. Entra y cálmate, hombre, cálmate; la cosa no es para tanto. (Indicándole que se siente al lado de la mesa.)

BIEN. ¿Qué cosa?

CARD. Es preciso que seas razonable.

BIEN. ¿Yo?...

CARD. Invoco la fraternal amistad que siempre nos ha unido, y exijo, te suplico, que seas franco conmigo: tengo derecho á ello.

BIEN. No te comprendo.

CARD. Sé que ciertas confesiones son dolorosas; pero yo soy casi tu hermano, y no debes recatarte de mí. Bienvenido, lo sé todo.

BIEN. ¿Todo... todo?

CARD. Todo.

BIEN. Pues haz el favor de contármelo, y así me enteraré yo.

CARD. La verdad, no comprendo á qué obedece ese disimulo. ¿Cómo se explica tu furor de hace un instante?

BIEN. (Aparte.) (Es verdad... Y Salvadora que no me ha dicho hasta cuándo debía fingirme encolerizado...) Tienes razón; no debo disimular que estoy fuera de mí. Porque... porque...

CARD. No necesitas decirlo, lo sé.

BIEN. ¿Lo sabes? Conque, ¿lo sabes? (Aparte.) A ver si ahora me lo dice.

CARD. Sí, y permite que te diga que tú tienes la culpa.

BIEN. ¿La culpa de que tú lo sepas?

CARD. Tú, y no debes admirarte.

BIEN. ¡Ah! ¿Conque no debo? Pues no me admiro, no, señor. Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

CARD. Propósito de la enmienda.

BIEN. ¿De veras? Pues lo prometo. ¡Vaya si lo prometo!

CARD. Tu conducta ha sido torpe. Tu mujer es guapa, aún puede despertar pasiones... Le has concedido libertad excesiva, y ese joven la ha comprometido.

BIEN. ¿Qué?... ¿Qué dices? (Levantándose.)

CARD. ¿Vuelves á enfurecerte? Pues si no me prometes..

BIEN. Lo que quieras. Pero, á ver, dí...

CARD. Cierto es que Salvadora ha cometido una ligereza, pero muy disculpable. Puedo asegurarte que no hay nada grave.

BIEN. ¿Nada grave? Eso indica que hay algo leve.

CARD. Salvadora se lo ha confesado todo á mi mujer, y la cosa no tiene malicia... Tu mujer no dió pie para tanto.

BIEN. ¿No dió pié? Y, ¿qué es lo que dió, se puede saber?

CARD. Considera que hay hombres muy fátuos. En resumen: lo que debes hacer es recoger la carta que Salvadora escribió á ese joven, y punto concluído.

BIEN. ¡Una carta, un joven y un punto concluído! No, señor; ahora empieza el punto, y el final va á ser desastroso. ¿Tú sabes quién es ese joven? ¡Su nombre, su nombre!

CARD. Por Dios, Bienvenido, no te exaltes.

BIEN. ¡Quisiera verte en mi lugar!

CARD. Gracias por el deseo. ¿A qué preguntar el nombre, si le conoces?

BIEN. ¿Que yo?... ¡Ah, sí! En mis propias barbas le hablaba hace un instante, y, sin duda para desorientarme, me ha obligado á representar una infame comedia.

CARD. ¡Pobre amigo mío! ¡El dolor le hace desvariar!

BIEN. Es indispensable que le obligues á salir de Madrid.

CARD. ¿A quién?

BIEN. Hazlo por mí. ¡Que se vaya, que se vaya!

CARD. Pero, ¿quién?

BIEN. ¿Quién ha de ser? Tu secretario.

CARD. ¿Cómo? ¿Era Jaime?...

BIEN. ¡Me han engañado, pero me vengaré! ¡Ella con su madre y él al otro mundo!

ESCENA XIV

DICHOS y JAIME

JAIME (Aparte.) ¿Se habrá atrevido Salvadora?...

BIEN. ¿El? ¡Le vcy á ahogar! (Queriendo arrojarse sobre Jaime.)

CARD. (Sujetándole.) ¡Bienvenido, por Dios!

BIEN. ¡Déjame, déjame!

CARD. A mí me corresponde arreglar este asunto.

JAIME (Aparte.) No hay duda, lo sabe todo.

BIEN. (A Cardoso) No impongo más que una condición: á muerte.

CARD. (A Jaime.) Hoy mismo pediré al ministro una credencial para Canarias. Dispóngase usted á hacer el viaje.

JAIME ¡Yo! ¡Canario!

CARD. No admito réplica ni doy más explicaciones. Además le prohibo que vuelva á poner los pies en esta casa.

JAIME Está bién.

BIEN. ¡Está bién! ¿Qué ha de estar bien? ¿Crees que con eso me doy por satisfecho? No, señor. Dentro de un cuarto de hora iré á pedirle una satisfacción. Espéreme usted en el jardín.

JAIME Desde este momento estoy á la disposición de usted. (Vase foro.)

ESCENA XV

BIENVENIDO, CARDOSO, SALVADORA y CLARA

BIEN. Le mataré, sí, señor, le mataré.

CARD. Te juzgué hombre de más calma, no tienes prueba alguna, y, sin embargo...

BIEN. Deja para otra ocasión los parches de ungüento amarillo. ¿Qué harías tú en mi caso,

vamos á ver? ¿Sufrirías el ridículo? Yo soy bueno, pero tengo mi genio y mi alma en mi almario. (Se deja caer sobre una silla.)

CLARA Entra; no tengas miedo.

SALV. No me atrevo.

CLARA No temas, acércate. (A Bienvenido.) Bienvenido: Salvadora...

BIEN. (Levantándose.) No hay salvación para ella. Que se vaya.

SALV. Escúchame, Bienvenido, óyeme un instante.

BIEN. ¡Señora, señora!

CARD. ¡Pero, hombre, por los clavos de Cristo!

BIEN. ¿Quieren ustedes dejarme en paz ó me harán olvidar? ..

SALV. (En voz baja á Bienvenido.) Eso es; así, así; no te ablandes.

BIEN. ¡Qué dice! ¿Hase visto cinismo igual? Advierto á usted que no consiento...

SALV. (A Bienvenido.) ¡Perfectamente; eres un gran cómico!

BIEN. Te voy á ahogar entre mis manos. Has vivido engañada, no me conoces...

CLARA ¡Dios mío! ¿Quién creyera?... Pero escuche usted, la cosa no merece...

CARD. Mi mujer tiene razón; no te dejes llevar...

BIEN. ¡Vete á los infiernos! (A Salvadora) Vamos, habla, dí.

SALV. (Aparte.) ¡Estoy entusiamada; ¡como domina el género trágico!

BIEN. ¡Conozco á tu cómplice, le he visto! (Agarrándola por un brazo.)

SALV. (A Bienvenido aparte.) ¡Bravo, bravísimo... pero mira, hijo, no aprietes tanto que me lastimas.

BIEN. Le he provocado, y dentro de un instante...

SALV. ¡Cielos, qué oigo!

CLARA ¡Un duelo!

SALV. ¡Oh, por favor, perdón, perdón... para él.

BIEN. ¿Te atreves á interceder por tu cómplice?

CAR . ¡Pero, señora, usté no está en su juicio!

BIEN. Me siento rabioso, quiero desahogar mis nervios en tensión, así, así. (Tirando los jarrones y cachivaches que hay sobre los muebles.)

CARD. Pero, hombre...

CLARA ¡Ay, yo me pongo mala!

SALV. (A Clara.) Llévate á tu marido.

BIEN. Y ahora, esto. (Cogiendo una silla y arrojándola al suelo.)

CLARA ¡Ay!

CARD. Tranquilízate.

SALV. (A Bienvenido.) Basta, hombre; estás exagerando tu papel.

BIEN. ¡Salvadora, Salvadora!

SALV. (A Clara.) ¿Pero no me has oído? Llévate á tu marido.

CLARA Yo no puedo ver esto; Miguel, Miguel...

SALV. (A Cardoso.) Llévesela usted.

CARD. No me atrevo á dejar á usted sola.

SALV. No tenga usted miedo.

CARD. ¡Se halla tan excitado!

SALV. Váyase usted, se lo suplico.

CLARA Sí, acompáñame.

CARD. Bueno, como ustedes quieran. (Vanse Clara y Cardoso por la primera izquierda.)

ESCENA XVI

SALVADORA y BIENVENIDO

BIEN. Al fin nos quedamos solos. Ahora me dirás..

SALV. (Transición.) Vanidoso... ¿Todavía no estás satisfecho? Más no puedo hacer.

BIEN. Pero, ¿estoy soñando? ¿De modo que para tí es la cosa más natural del mundo engañar á un marido, escribir cartitas á un caballerito?...

SALV. No diré que esté bien hecho; pero tampoco es una cosa del otro jueves. Alguna culpa tiene el marido.

BIEN. ¿Y te atreves á acusarme?

SALV. ¿Acusarte?... Pero ¿qué estás diciendo? A quien acuso es á él.

BIEN. ¿Y quién es él?... ¿Jaime?

SALV. También Jaime tiene alguna culpa, pero la principal es de Miguel.

BIEN. ¡Pero esta mujer para disculparse va á acusar á todo el mundo! Señora, váyase usted,

no quiero, no puedo oirla; recogeré la carta, ó las cartas, que escribió usted á Jaime, y después el divorcio.

SALV. ¿Las cartas que yo he escrito? ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia la equivocación. ¿De manera que has creído?... Debiera incomodarme, pero no puedo menos de reirme. ¡Ja, ja, ja! Por eso hacía tan á lo vivo su papel. ¡Ja, ja, ja!

BIEN. Señora, señora: esa risa es insultante.

SALV. ¿Tomaste en serio la comedia y creíste que era yo la protagonista? Bienvenido: eres tonto de capirote. Yo no tengo arte ni parte en esa intriga. Clara fué quien escribió la carta, me enteré yo de ello, y para hacerla comprender la gravedad que entrañaba su ligereza y las consecuencias que podía acarrear, la hice creer que me hallaba en situación semejante y te obligué á mostrarte celoso.

BIEN. ¡Ah! ¿Conque no eras tú, sino Clara?

SALV. Sí, hombre, sí; pero habla más bajo.

BIEN. ¿Conque Clara, eh? ¡Esto es demasiado! ¡Miguel, Miguel!

SALV. Pero, ¿qué haces, hombre? ¿Para qué le llamas?

BIEN. ¡Miguel, Miguel!

ESCENA XVII

DICHOS, CLARA y MIGUEL

CARD. ¿Qué te pasa? ¿Se arregló todo?

BIEN. Si, perfectamente. ¿A que no aciertan ustedes la nueva mentira que ha imaginado esta señora?

SALV. ¡Bienvenido! ¿Qué vas á hacer?

BIEN. Quiero que se sepa tu perfidia. Me ha dicho...

SALV. Cállate, calla, te lo suplico, te lo mando.

BIEN. ¿Y quién eres tú para mandar? (A Miguel.) Has de saber que esta sirena engañadora

dice que tu mujer es la que escribió á Jaime y que...

CLARA ¡Dios mío!

SALV. Bienvenido, eres un bárbaro.

BIEN. Que ella es inocente, que ha representado una comedia para asustar á Clara...

CARD. Y ha dicho la verdad.

BIEN. ¿Qué?

CARD. Repito que ha dicho la verdad. (Aparte.) Es preciso evitar un disgusto.

CLARA (Aparte.) ¿Qué significa esto?

CARD. Hace un instante lo he sabido. Jaime, arrepentido y contrito, lo ha confesado todo.

SALV. Pero, ¿eso es posible?

CARD. Convencido de la inocencia de mi mujer, y comprendiendo que, en parte, mía fué la culpa por el abandono en que la tuve, la he perdonado... y...

CLARA ¡Ah, Miguel, qué bueno eres!

CARD. (Aparte.) Eso es, muy bien; así, así. En seguida comprendió mi intención.

BIEN. ¿Y tú perdonas tan fácilmente que tu mujer coqueteara con Jaime y le escribiera billetitos y... sabe Dios qué más? No lo creo.

SALV. Pero, ¿quieres callar, hombre de Dios?

BIEN. No hablo con usted, señora. Estoy seguro de que aquí hay misterio.

CARD. Pero, hombre, eres más incrédulo que Santo Tomás. Lo estás viendo y no lo crees.

CLARA ¿No basta que yo me declare culpable? Pues, bien, voy á demostrarlo.

SALV. (Aparte.) Esta tonta va á echarlo todo á perder.

CLARA Puesto que cuento con el perdón de mi marido, confieso que...

CARD. (Aparte.) ¡Qué perspicacia tiene mi mujer, más que yo, muchísima más! ¡En seguida comprendió!...

CLARA Sin pensar en la gravedad de lo que hacía escribí á Jaime.

SALV No, eso no es cierto, Bienvenido, no lo creas; yo sola soy la culpable. Clara, por amistad, quiere salvarme; pero yo no puedo permitir...

BIEN. ¡Ah! ¿Confiesas al fin que tú?...

CARD. ¡Pero esta mujer está loca de atar!

BIEN. Pues ha de saber usted que yo no perdono. Ahora mismo llevaré á usted á casa de sus padres.

CLARA No, amigo mío. ¿No oye usted que Salvadora es inocente? Yo fuí la que...

SALV. No la hagas caso; no fué ella, fuí yo.

BIEN. ¿En qué quedamos? ¿Cual de las dos?

CARD. (Aparte.) ¿A que tengo que decir que he sido yo para que este zángano se convenza?

CLARA Créame usted, Bienvenido. (A Miguel.) ¿Verdad, Miguel, que fuí yo?

CARD. Sí, mujer, sí.

BIEN. ¡Ea, basta ya! ¿Ha sido usted, Clara?

CLARA Yo, sí, señor.

SALV. No y no...

BIEN. Bueno; pues creeré que han sido ustedes las dos hasta que se sepa la verdad, y ahora mismo voy á saberla. (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XVIII

DICHOS, menos BIENVENIDO

SALV. Pero, Bienvenido, ¿dónde vas? No me escucha. ¡Ay, qué hombre, qué hombre! (Dejándose caer sobre una silla.)

CARD. Pero, señora, usted tiene la culpa. Cuando yo trataba de salvarla echando la culpa á Clara, usted...

CLARA (Aparte.) ¡Y yo que creí!...

SALV. Sí, yo tengo la culpa; pero no podía hacer otra cosa.

CARD. ¿Y por qué no? En ello no había mal alguno. (A Clara.) ¡Y tú, mujercita mía, qué buena eres; cuánto talento tienes!

CLARA ¿Yo? (Aparte.) ¡Qué vergüenza, Dios mío!

CARD. Vamos, no te ruborices. Supiste ayudarme admirablemente. Aparentaste miedo, vergüenza, hasta me pareció que temblabas

como si fueras realmente la culpable. ¡Tú, que eres la misma inocencia! Bah, bien supe lo que hacía cuando me casé contigo.

CLARA ¡Miguel, considera que...!

CARD. ¡Ah, perdone usted, Salvadora; no he querido con mis palabras!...

SALV. No se esfuerce usted, no me doy por ofendida.

CARD. Tiene usted razón, señora, todo la disculpa á usted. Bienvenido es así, tan, tan... y luego esa afición á la caza, que le tiene siempre lejos de Madrid y á usted siempre sola. Los maridos deben ser como yo. ¿Verdad, Clarita mía?

SALV. Sí, como usted deben ser los maridos, tan buenos y tan listos. Así no hay quien los engañe.

CARD. Pero, Clara: ¿qué te pasa? Estás pálida...

CLARA No me siento bien; me he puesto nerviosa...

CARD. (A Salvadora.) ¡Pobrecilla; es un angel de Dios!

SALV. ¡Ah, ya lo creo! bien supo usted lo que se hacía cuando se casó con ella. Si Bienvenido fuera como usted...

CARD. Sin embargo, no debe usted quejarse y esto debe á usted servirle de lección para lo sucesivo. Estoy convencido de que todo ha sido una niñería; pero usted ya no es una niña y debió reflexionar. Imagine usted que su marido tuviese un genio tan irascible como el mío... Pues sabe Dios lo que á estas horas hubiera pasado.

SALV. (Aparte.) A tí te lo digo, suegra...

CLARA (Aparte.) Estoy temblando.

CARD. Quizá, y sin quizá, hubiese desafiado á Jaime y uno de los dos...

SALV. ¿Cómo, qué dice usted? ¿Desafiar? ¡Ay, Virgen Santísima!... ¿Si se le habrá ocurrido lo mismo á Bienvenido? ¿Si habrá ido en busca de Jaime? Miguel, por lo que más quiera usted en el mundo, corra usted en busca de mi marido, sálvele usted, sálvele.

CARD. Ahora empiezan los sustos y los llantos. Cuando quise sacarla del atolladero hizo usted una tontería y ahora...

CLARA — Dice bien. Miguel, corre, corre. ¡Si sucediera una desgracia!

SALV. — Pero, hombre, ¿no me oye usted? Iré yo, me lo van á matar....

CARD. — Vamos, Salvadora, tranquilícese usted.

SALV. — (Echando á correr.) ¡Bienvenido, Bienvenido!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y BIENVENIDO

BIEN. — (Entra con la cabeza vendada.) ¡Salvadora, Salvadora. (Echándose en brazos de ella.) ¡Qué feliz soy!

SALV. — ¿Qué es eso? ¿Vienes herido?

BIEN. — No te asustes, una descalabradura. ¡Ay, Salvadora, (Volviendo á abrazarla.) qué feliz soy!

CARD. — Pero hombre, explícate de una vez. ¿Qué te pasa?

SALV. — ¡Estás herido; tienes sangre!

CLARA — ¡Hable usted, por la Virgen Santísima! ¿Quiere usted que llamemos á un médico?

BIEN. — No, si no es nada. Soy el hombre más dichoso de la tierra. Por una ligera descalabradura lo sé todo. Déjame que te abrace otra vez.

CARD. — Está tonto. Ahora que lo sabe todo, se desahoga abrazando.

BIEN. — (A Salvadora.) Leí la carta que Clara...

CARD. — ¿Cómo? ¿Qué dices de Clara?

SALV. — (Aparte.) ¡Bienvenido!...

BIEN. — Digo que claramente vi que no tenía nada de particular.

CLARA — (A Salvadora.) ¡Gracias! He escarmentado.

SALV. — En cabeza ajena.

CARD. — Pero, vamos á ver, cuenta lo que ha pesado.

BIEN. — Salí en busca de Jaime y le encontré en el jardín, donde le había dicho que me esperara. —«¡Lo sé todo!»—grité al verle.—«Deme usted la carta que mi mujer le escribió.»—«¡Qué carta ni qué narices!»— me contestó. —¿Narices?... Al oir lo de narices, sentí deseo de rompérselas, y sin más explicaciones le solté un puñetazo en ellas. La respuesta

no se hizo esperar, y consecuencia de ella es esta descalabradura. Después... después...

CARD. ¿Qué?

BIEN. Nada; que hablando se entienden las gentes. Me dió la carta, y cuando la hube leído...

CARD. ¿Qué?

BIEN. Me dí por satisfecho; pero exigí á Jaime que saliera de Madrid, para que tú te quedaras tranquilo.

CARD. ¡Yo!

SALV. (Tosiendo.) ¡Ejem, ejem!

BIEN. Tú, sí. ¿Acaso estarías tú tranquilo no estándolo yo? ¿No nos quisimos siempre fraternalmente?

CARD. Es verdad; y, como hermano, quiero darte un consejo. Cuida más á tu mujer; imítame; yo soy un Argos: todo ojos.

BIEN. Ya lo sé. Tú ves mucho.

CARD. ¡Oh! ¡Quien á mí me engañe!...

BIEN. ¡Oh!...

SALV. ¡Oh!...

CARD. Y además, sé cariñoso y complaciente con tu mujer, agasájala, mímala y llegarás á tener un tesoro como éste. ¿Verdad, Clarita?

CLARA (Aparte.) No me atrevo á contestar. (A Clara.) Gracias. Tú has sido mi salvadora.

SALV. Naturalmente... Salvadora, y... salvadora.

Ea, ya todo pasó.
Mi marido perdonó
faltas que no he cometido.

(Al público.)

Si la comedia os gustó,
imitad á mi marido.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.